

CONTESTACIÓN
DE
DON RAFAEL CABRERA MALO

Señor:

Vengo a vuestro encuentro; y vengo presuroso porque os traigo la palabra de salutación y de paz. La Academia que me envía, os esperaba. Mucho antes de que vuestros pasos se acercaran a su pórtico ya había resonado el eco de vuestro nombre en sus vetustas galerías. Eráis de los nuestros, sin embargo de no estar entre nosotros. Así pensad, señor, con qué alborozo os recibimos y con cuánta orgullosa complacencia os miraremos de hoy más presente en nuestras deliberaciones y asociado a la labor que al congregarnos en torno de las cenizas de los tiempos muertos, ante la doble majestad de la gloria y del sepulcro, nos hace revivir el pasado para recoger sus enseñanzas y para preparar con la experiencia y por la justicia, la visión del porvenir: inevitable renovación de lo que fue.

Abrumadora labor, ciertamente; porque los tiempos que fueron modelando nuestra fisonomía nacional apenas han dejado rastros exteriores; y los entes históricos: la familia, las clases, las Instituciones, la Religión, las letras y las artes de nuestros siglos pretéritos, necesitan para ser reconstituidos de tanta paciente erudición como la antigüedad griega o romana y años de vigilia y prodigios de investigación para poner en claro los sucesos más recientes. ¿Qué especie de sombra es esa que se abate perenne e inmutable sobre nuestros más caros recuerdos? ¿Qué divinidad maléfica nos ha hecho consagrar al olvido el pasado, nuestro pasado, lo único que por haberlo perdido es también lo único que no hemos prodigado, lo único que poseeremos para siempre?

Cuando vemos hacia atrás los años tienen polvorienta lejanía de siglos; cuando nos creemos a punto de una comunicación formal y pura con las grandes almas invisibles; cuando parece que el mutismo de las tumbas va a prorrumper en verbo de enseñanza o de castigo, bruscamente vuelve el silencio; se espesa, otra vez, la tiniebla próxima a deshacerse en imágenes; bórranse los rasgos evocados; y, forzoso se nos hace el conformarnos con las errantes vislumbres de los osarios. Como el pescador filósofo, el estudioso necesita renunciar de antemano a la aprehensión de las verdades de cuantía, resignarse con fugaces contactos y decirse feliz si ha compensado su fatiga alerta con los sobresaltos de la esperanza o con el fantasma de las cosas yacentes en el oleaje del Tiempo que casi nunca tiene prisa en revelarnos su tesoro.

Legiones de obreros que coordinaran sus esfuerzos, serían necesarias para trazar en la selva oscura los senderos indispensables; pero a tal logro se oponen males graves y de trascendentales consecuencias.

Así, por ejemplo, la Historia es vista, generalmente, entre nosotros como pasatiempo de ancianos y no como disciplina filosófica y como ciencia social. De este concepto emana el que creamos poseerla cuando acopiamos anécdotas, episodios y hasta mentiras; y, lógicamente, el disgusto de los estudios serios y tal hurraño desvío por cuanto más fundamentalmente atañe a la Raza y a la Patria, que uno se pregunta cuál será por ventura el gusto dominante de las nuevas generaciones; a qué empresa más viril, más generosa o más fecunda, habrán pospuesto el derecho que tienen a las reparaciones del mañana, manteniéndose, como lo hacen, extrañas a lo que fuera nuestro, y olvidando, como de propósito, las faltas del ayer; ante qué altares irán a prosternarse los que pasan junto a las estelas funerarias que bordean los caminos sin pedirles sus presagios. Los más, datamos nuestra Historia, en 1810; porque, a lo que se dice, la de España, con el hondo escalofrío de tanta épica gesta y de tanta descomunal grandeza, no nos concierne; por lo que, punto de partida y no conclusión lógica, resulta nuestra existencia nacional tan inexplicable como la de los hijos sin madre; y agregad, para remate, que los obreros concienzudos carecen casi siempre de los elementos necesarios y hasta del estímulo que representa para el trabajador mental el interés que los demás vinculan a sus trabajos.

La obra que estos realizan nos es perfectamente indiferente; y cuando en ella nos apasionamos no es de manera honrada y sana para pedirles luces sino armas o pruebas favorables a los prejuicios de casta o de partido; y, por lo menos, la supresión en sus escrituras de las verdades amargas o estorbosas a la santidad del bando en que militamos o al lustre del guiñapo de abolengo hurgado con afán en el pintoresco revoltijo de la conquista. Así, solicitados por tan contrapuesta clientela, ándanse los Historiadores por trochas y ágoras, en riesgo de degenerar en Abogados, propincuos, como tales, a las capitulaciones de conciencia inherentes al mandato aceptado o de tener que quedarse sin público que los lea porque, en verdad, no lo tendrían las historias imparciales y la neutralidad inviolable, obligado estado de alma para el intérprete de la tradición si es que quiere ilustrar las cuestiones indispensables y resolver los problemas resolubles.

Y después del punto de fondo, el debate interminable de la forma; porque todos sabemos que hay dos maneras de escribir la Historia...

Una, amplia, serena, majestuosa, que envolviendo pormenores y esfumando los contornos de los hechos, desciende a los archivos, no, seguramente, para aposentarse en ellos sino para volverse a la luz, a los grandes horizontes, a las cumbres; y allí relacionar su proceso, pesar testimonios, carear a las víctimas con los verdugos, desentrañar del hecho abrupto la lección oculta y para razonar su fallo, hacernos revivir lo vivido; recrearnos con la visión inolvidable de los tiempos muertos y resucitar las grandes figuras del pasado con su gesto característico y en su luz adecuada.

Y hay la otra, la que alardeando de ajena a toda excelencia literaria —como si fuera posible arrebatarse al recuerdo su inenarrable poesía; como si el espíritu humano llegara a cautivarse jamás con lo que no ha sido consagrado por el arte; y, como si, en fin, pudiera el historiador, alguna vez, separarse del Poeta y del Pintor— amontonando notas, escolios y apostillas; prodigando citas; preocupándose de los materiales más bien que del edificio a cuya construcción están destinados; del pormenor antes que del conjunto; y del hecho mínimo a la par que del grande, todo ello hasta perder la justa proporción de las cosas; imagínase que ha suplido con la exhibición de documentos —labor esta la más ardua; pero, seguramente, la menos interesante de la Historia— la impresión de la Vida cuyo relato aborda y el lleno de la misión que casi exclusivamente le incumbe de ofrecer a los Gobiernos, advertencias; ejemplos al moralista; a los sabios, enseñanzas e inspiración a los artistas; y renuncia por inútil al descubrimiento del hombre bajo los oropeles del actor; y lo que es más, al hallazgo del alma humana entre las injurias de los detractores y las abyectas loas de los cortesanos; entre las deformaciones de la moda y los prejuicios de las costumbres, revelándose a través de las distancias y de los tiempos, una e invariable, atormentada siempre por las mismas tentaciones y siempre vencida o victoriosa de idénticas pasiones.

De aquí, algunas, perplejidades y revisiones frecuentes de las situaciones adquiridas, muchas de las cuales parecen exigir ya una revisión fundamental de nuestra Historia entera. El asunto de vuestro elegante discurso: la marcha de Bolívar por la costa de Barcelona en enero de 1817, es una comprobación de lo que dejo dicho. Se trata de un suceso relativamente trivial, ocurrido ayer; y, sin embargo, ¡cuántas dificultades al estudiar! ¿Fue aquella marcha consecuencia de un error del Libertador acerca de los recursos y posesión militar de Caracas, su ciudad predilecta? ¿Fue, al contrario, habilísima estratagema de guerra, dirigida a engañar a sus adversarios?

Algunos de nosotros pensamos que no fue ni una ni otra cosa sino mera expedición local, sin conexión directa con los grandes planes que meditaba el Héroe y simplemente dirigida a purgar las cercanías de Clarines de la cáfila de cuatrerros e incendiarios que por aquellas merodeaba; y en apoyo de nuestro parecer invocamos la autoridad más calificada sobre el particular: el propio Libertador, en su carta al general Marino, fechada en 17 de enero de 1817... De esta guisa, nos decíamos, Don Quijote de la América, nunca escarmentado, hallando, sin duda, que también encajaba en la ejecución de su alta empresa socorrer y acudir, sin otro reparo, a las víctimas de los malandrines; y que retar leones, acometer ejércitos y atraillar galeotos, todo es libertar, armóse de punta en blanco para oficiar de Santa Hermandad en aquella coyuntura, y, señor tan principal y magnífico, saliera en busca de los Ginesillos del vecindario, por lo que, hogaño como antaño, la pedrea había sido lógica y el molimiento inexcusable.

Otros, los más, un partido importante de la Crítica, determinándose, sin duda, por el pésimo criterio de juzgar las operaciones militares por el éxito o el fracaso que las sigue, sin tomarse la pena de demostrar cuál hubiera sido el resultado de la operación contraria, censuran acerbamente el movimiento referido. Historiadores apasionados o insuficientemente documentados, emitieron sobre el particular juicios desfavorables. Imitáronlos otros. Así, amigos y enemigos comparecen de acuerdo. Al tenor de los dictados de la Lógica vulgar, semejante extraña unanimidad basta a considerar incontestable la veracidad del hecho sobre que recaen sus deposiciones; y tanto que muchos estudiosos creían ejecutoriado el susodicho fallo y en tal confianza se holgaban, cuando, de pronto, os aparecéis vos, señor, con un haz de documentos inéditos y por *a* más *b*; y con una documentación cerrada como la resolución de un problema algebraico y en la que se revelan vuestros estudios matemáticos, dejáis establecido que desde Montenegro Colón hasta el último alumno de Historia, es grande el número de los equivocados, porque en aquella ocasión ni fue Caracas un objetivo estratégico sino táctico del Libertador ni erró éste como lo asienta O'Leary. He aquí, pues, lo que en definitiva resulta ser la verdad histórica: verdad interina, verdad provisional hasta que otra cosa se descubra; y he aquí, en suma, por qué tantas gentes aguardan para estudiar la Historia de Venezuela a que esté escrita y se conforman con la verdad profunda y superior de las leyendas que tiene sobre la otra la incontestable ventaja de no modificarse nunca.

Felizmente, la sombra de los anónimos vencedores de los conucos de Clarines no ha podido eclipsar la inmensidad del Vencido; que la posteridad, en sus juicios, suele exaltar menos a los vencedores que a los que merecieron serlo y porque entre cuantos ultrajes han podido caer sobre el Héroe, el único, acaso que le hayan ahorrado sus detractores es el de no haber sido infalible. Fortuna para nuestro lastimado patriotismo es que los Papas y los Guerreros sean valores heterogéneos que no pueden calcularse juntos. Fortuna es también que en las tácticas modernas o antiguas no haya canon alguno fuera de cuya observancia deje de haber salvación para los innovadores que lo infrinjan.

¡Los errores del Libertador! Probables o supuestos no bastan a aminorar su talla, porque Bolívar, humanizado por el odio o por la Historia imparcial, resulta valer más, infinitamente más, que Bolívar Semidiós, creado por decreto nominativo del Altísimo, para regocijo de los coleccionistas de santorales y vanagloria de sus paisanos. La inmensa belleza moral suya consiste, precisamente, en haberse elevado a pesar de sus errores, sobre las más altas cumbres del heroísmo y del Ideal hasta ser la figura céntrica de su siglo. Guerrero superior a su escenario y a su tiempo, las faltas en que como soldado incurriera son nulas si se las compara con las que cometieran los otros grandes e incontestables genios de la guerra. Lo que debe admirarse en él no es que no haya cometido yerros sino que haya podido cometer tan pocos; y que en el desquiciamiento moral, más bien que político, dirigido por él; durante la lucha; en esa larga noche de catorce años, llena de pavoras, de delirios sangrientos y de inexpresables agonías; a caballo desde la aurora; entre el silbido de las balas; en medio del combate; en la exultación de las victorias o en el dolor de ruidosísimas derrotas; él sólo, entre todos, haya logrado mantener firme la voluntad; la inteligencia incólume, el brazo en alto y el corazón sereno.

De todas maneras, la diferencia que hay entre los buenos militares y los malos no estriba necesariamente en que éstos pierdan todas sus batallas y aquéllos no puedan ser vencidos nunca, sino en que los primeros las pierden a pesar de la rigurosa exactitud de sus cálculos y los otros ganan las suyas por caprichos del azar o de la suerte. Pero, ¿a dónde iba? Es ahora, tarde ya, cuando caigo en la cuenta de que enviado a recibirlos os he detenido con mi coloquio a la mitad del camino y contra toda conveniencia. ¡Llegad, señor, que tenéis prisa; y bienvenido seáis al seno de esta Corporación que os estima; y que al ungiros con sus sufragios ha querido exaltar, una vez más, el difícil renombre de los méritos personales y vuestra consagración a los estudios históricos a los cuales habéis aportado, en el libro y en la piedra, como escritor y como arquitecto, la sagacidad de un erudito, la pasión del artista y un alma de patriota!